

Cuentos de los gitanos de Turquía en la España de 1883: ambiciones y falacias de la investigación folclórica decimonónica¹

JOSÉ JAVIER MARTÍNEZ PALACÍN
Universidad Autónoma de Madrid

JOSÉ MANUEL PEDROSA
Universidad de Alcalá

Una expedición arqueológica fracasada (1871) y una colección de cuentos plagiada (1883)

Entre los años 1875 y 1907 la *Revista contemporánea* fue una de las publicaciones de orientación cultural y científica, aparte de social y política, más importantes de las que salían de las prensas de Madrid. Su relevancia y su prestigio fueron más notorios durante sus primeros años, cuando enarboló una decidida ideología progresista y europeísta, próxima a los postulados de la Institución Libre de Enseñanza, y puso gran empeño en introducir en España, mediante traducciones, a no pocos autores y obras de la literatura, el pensamiento y la ciencia de Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia... Pero en 1879 hubo un cambio de propietarios que trajo consigo una reorientación ideológica radical que convirtió la revista en un órgano de difusión de las ideas, las políticas y los autores más conservadores. En cualquier caso, y hasta su cierre, la *Revista contemporánea* no bloqueó sus páginas a la difusión de las literaturas extranjeras, ni perdió por completo sus pretensiones de publicación periódica con cierta vocación de divulgación cultural y científica.

¹ Agradecemos la ayuda y orientación de José Luis Garrosa y Óscar Abenójar.

En el tomo 48 (año IX), el correspondiente a noviembre-diciembre de 1883, pp. 385-403, vio la luz un artículo titulado “Los tchinghianés de Turquía”, que estaba firmado por “J. de Dios de la Rada y Delgado”: un buen ejemplo de los ambiciosos horizontes culturales, y también, como enseguida veremos, de las graves limitaciones científicas, metodológicas, incluso éticas, que animaban y al mismo tiempo constreñían en ocasiones a la revista. También da cuenta, de algún modo, de las disciplinas como la literatura comparada y la investigación folclórica que se practicaban en la España de entonces. Aunque, para ser justos, habría que especificar que, por aquellos mismos años, no todos los folcloristas que había en nuestro país fueron unos oportunistas y plagiaros como fue el Rada y Delgado al que nos estamos refiriendo. Aquellos tiempos fueron también los de mayor productividad de intelectuales tan sólidos, competentes y honestos como el gran Antonio Machado y Álvarez, “Demófilo” (1846-1893), el visionario fundador de la etnografía científica española; si no se prolongaron aquellos años de enormes ilusión y creatividad fue, de hecho, por causa de la muerte, muy a destiempo, de aquel excepcional precursor.

El firmante del artículo de 1883, Juan de Dios de la Rada y Delgado (Almería, 1827-Madrid, 1901), fue un historiador y arqueólogo que alcanzó cierta relevancia, más funcional y política que propiamente científica, en la época. Llegó a ser, de hecho, director del Museo Arqueológico Nacional y del Museo de Reproducciones Artísticas, y también de la Escuela Superior de Diplomática; y desempeñó puestos políticos de relevancia, como el de senador. Entre los meses de julio y septiembre del año 1871 había sido el presidente de la expedición científica a Oriente que condujo, a bordo de la fragata *Arapiles*, a un grupo de intelectuales españoles hasta diversos puertos de los actuales Italia, Grecia, Turquía, Chipre, Líbano, Israel, Egipto y Malta, con el objetivo de hacer estudios científicos y de adquirir antigüedades para los museos españoles. Una expedición rocambolesca, que quedó malograda por la precipitación, la deficiente planificación, la falta de fondos (llegaron a faltar hasta para comer) y la

escasa preparación científica de sus integrantes. Baste decir que aquellos (in)dignos profesores se jactaron hasta de haber llegado a inscribir grafitis con vivas a España y recordatorios de su expedición sobre las piedras del mismísimo Partenón, en la Acrópolis de Atenas.

La muy publicitada (aunque en realidad muy superficial) cualificación como orientalista de Juan de Dios de la Rada y Delgado, y el hecho de que llegara a pisar, con sus colegas de aquella estrafalaria expedición, las tierras turcas, incitaba a albergar, al menos *a priori*, esperanzas de que su artículo acerca de “Los tchinghianés de Turquía” que vio la luz en la *Revista contemporánea* de 1883 fuese un trabajo serio y responsable, basado en una metodología acreditadamente científica, en un trabajo de campo directo y presencial, y en un sistema riguroso de transcripción, traducción y edición de los textos. Nada más lejos de la realidad. El artículo de Rada y Delgado fue un simple plagio de algunas partes de un libro que el expedicionario español habría comprado, posiblemente, en alguna librería o zoco de alguno de los puertos turcos, casi seguro que en el de Estambul, en los que la fragata *Arapiles* había atracado en el verano de 1871.

El rastreo de la pista de tal libro, cuyo título se abstuvo el plagiario de declarar, nos ha conducido hasta el raro y hermoso volumen de *Études sur les Tchinghianés, ou Bohémiens de l'empire ottoman* que había publicado, en francés, el médico “Alexandre G. Paspati” (o Alexandros Paspatis) en la “impr. de A. Koroméla (Constantinople)” en 1870. Paspati (1814-1891) aparece mencionado, aunque de modo oblicuo y sin ser reconocido como fuente directísima, en el artículo de Rada y Delgado: “esta conjetura, propuesta por el diligente y erudito orientalista Alejandro G. Paspati...”. Ese es el único y muy parco crédito que el español concedió a su modelo turco, quien sí había hecho un trabajo de campo continuado y riguroso, sí había tratado de manera personal a los *tchinghianés* o grupo gitano de Turquía, y sí se había interesado de manera sincera y empática por su lengua y por su cultura. Para que nos podamos hacer una idea del rigor y la originalidad de la obra de Paspati, diremos que en las pp. 34-35 de

su libro publicado en francés, tuvo el escrúpulo de señalar, por ejemplo (la traducción es nuestra), que

el logro más importante fue entrar en contacto con un *tchinghiané*, Léon Zafiri, un hombre de mediana edad, cuyo oficio era el de segador, músico y contador de historias. Este hombre venía de lejos y estaba dotado de una memoria prodigiosa. Él me contó un gran número de cuentos fabulosos. Una parte los he incluido dentro del texto de mi Vocabulario. Para poner a prueba su memoria, le hice repetir de nuevo algunos cuentos, y él los repitió palabra por palabra, haciendo solo algunas ligeras modificaciones. Durante las largas noches del invierno, sus conocidos le invitaban a contar sus cuentos, que él traducía al turco con inusitada facilidad. Yo poseo uno cuyo recitado ocuparía unas dos horas. Estos cuentos son muy viejos: él los había escuchado de varios individuos de su raza, y pudo retenerlos gracias a que tenía una memoria asombrosa. Yo escribí estos cuentos conforme él me los dictaba. Acumulé, entre mis papeles, varios volúmenes. Muchos le habían sido contados por su abuelo, que había muerto hacía mucho tiempo y que había sido también narrador. En estos cuentos, en los que hay una mezcla de lo verdadero y de lo fabuloso, yo no he encontrado, hasta ahora, ningún indicio de origen indio ni de fe antigua alguna.

Para decir que estos cuentos son viejos me baso en que en ellos se encuentran voces como *manghin*, *shéhi*, etc., que hoy se hallan ya completamente olvidadas por los gitanos. Este hombre era iletrado, y conocía no solo la lengua de los sedentarios, sino también la de los nómadas, en medio de los cuales cantaba sus canciones y relataba sus cuentos. Es una lástima ver a un hombre con tan gran inteligencia, tan superior a la de las otras gentes de su raza, llevar una existencia tan penosa y andar cubierto de harapos.

He incorporado algunos de sus cuentos, junto con otros recogidos a otros *tchinghianés*, después del Vocabulario.

La lengua de los *tchinghianés* es un batiburrillo de una gran cantidad de voces turcas, griegas y búlgaras. Las voces del valaco son raras. Los *tchinghianés*, menos numerosos, que viven en la alta Albania y entre los serbios, han tomado muchos préstamos de la lengua de estos pueblos...

Los alcances del plagio perpetrado por Rada y Delgado a costa de Paspatis quedan al desnudo si se compara esta frase del folclorista turco que acabamos de leer,

en estos cuentos, en los que hay una mezcla de lo verdadero y de lo fabuloso, yo no he encontrado, hasta ahora, ningún indicio de origen indio ni de fe antigua alguna,

con esta otra frase, plagiada (enseguida la veremos inserta en el contexto del artículo completo), del traductor español:

Su literatura está reducida a algunos cuentos que suelen relatar sus músicos y cantores, cuentos en los que se nota la influencia de la fantasía oriental, pero en los que no se halla ningún indicio de sus orígenes índicos ni de su antigua religión.

Los tres cuentos en *tchinghianés* anotados en Turquía por Paspatis y publicados en España por Rada y Delgado

Seis fueron los cuentos maravillosos que “Alexandre G. Paspatis” (o Alexandros Paspatis) editó, en escrupulosa y muy meritoria edición bilingüe (con el original en *tchinghianés* y la traducción al francés), en su volumen de *Études sur les Tchinghianés, ou Bohémiens de l’empire ottoman* de 1870. Por desgracia, son una representación muy parca de los muchísimos y muy extensos que el propio Paspatis decía haber recogido y anotado en cuadernos que es muy probable que se hayan perdido para siempre. Del prodigioso arte juglaresco de Léon Zafiri, que a tantos oyentes asombró en las décadas centrales del siglo XIX, han quedado, pues, solo ecos muy limitados.

He aquí, puesto que Paspatis no les dio título, los incipits en francés, y las indicaciones acerca de los narradores, de los seis cuentos que sí llegó a traducir y a publicar:

– “En ce temps-là, il y avait un richard...” (contado por Léon Zafiri, en el estilo de los sedentarios);

– “Un roi avait trois garçons, il donna au cadet cent mille piastres...” (contado por una vieja de las cercanías de Andrinópolis, en el estilo de los sedentarios);

– “Dans ce temps-là, il y avait une personne, il fit un galion...” (contado por Léon Zafiri, en el estilo de los sedentarios);

– “Il y avait, dans ces jours-là, un vieillard, sa maison était de sel...” (contado por los cristianos, en estilo mixto);

– “Dans des jours passés, il y avait douze frères...” (contado en estilo de los nómadas);

– “(À) un ancien roi, il y avait cinq garçons...” (contado por un zaparí, que es un grupo específico de la clase de los nómadas).

Los tres primeros de estos cuentos fueron los que tradujo al español Rada y Delgado en su artículo de 1883. Como pórtico de aquellos tres relatos, el español hizo un esbozo de etnografía del pueblo *tchinghianés* que se limitó a resumir, sin citarlo, los informes de Paspati.

Antes de pasar al análisis tipológico de los tres cuentos que fueron traducidos al español, reproduciremos, en su integridad, el artículo de Rada y Delgado:

Los *tchinghianés* de Turquía

Entre las muchas razas que pueblan el Imperio turco, la última y más original es la india a que pertenecen los *tchinghianés*, extensa familia oriental de las cuales se ven algunas ramas nómadas en Occidente, conocidas con el nombre de bohemios en Francia, de gipsies en Inglaterra y de gitanos en España. Extranjeros en medio de los pueblos donde residen, huyen de su sociedad y su civilización y no presentan rastro alguno de historia política o literaria, fuera del que ofrece el estudio de su idioma. Religiosos por conveniencia, sometidos a las leyes por su misma debilidad y por el temor de los castigos, hacen verdadera vida de salvajes, explotan a los pueblos donde residen o ganan con lo poco que les producen sus rudimentarias industrias, lo poco que también necesitan para su subsistencia.

Sin jefe, excepción hecha del que algunas veces les fija el gobierno turco para reglamentar sus impuestos anuales, se pasean con sus tiendas y sus caballos extenuados, de uno a otro extremo de aquel vasto imperio, acampando en los alrededores de las poblaciones, donde encuentran fácil despacho para los utensilios de cocina y algunos instrumentos de labranza, que hacen de hierro, cuya primera materia suelen tomar donde quiera que la encuentran, sin consideración alguna a los sagrados derechos de propiedad. En esto, como en otros muchos detalles de la vida de aquellas gentes, se parecen a sus hermanos de España. Las mujeres, y principalmente las viejas, se pasean por las ciudades o pueblos diciendo la buena ventura, y los niños, en camisa (cuando la tienen), sucios y asquerosos, juegan delante de las tiendas de sus padres o piden limosna a los pasajeros. A pesar de tan extrema pobreza, el tchinghiané, bajo su tienda, y en la intimidad de los suyos, se burla de todos los hombres civilizados, y reniega de cuantos no pertenecen a su raza. Contribuye a este alejamiento, preciso es confesarlo, el desprecio con que en todas partes son tratados, si bien se observa, que a pesar de estar establecidos muchos de ellos con domicilio fijo en las poblaciones, apenas han variado las condiciones que les distinguen.

Esta familia excepcional, cuyo origen es la India, según lo ha demostrado el estudio de la filología comparada, rechaza el nombre de tchinghianés que se da a sus individuos, y se denominan romíes o hijos de la mujer (romní), pues así como nosotros nos llamamos hijos de Adán, ellos se llaman hijos de Eva. El origen de este nombre acaso se encuentre en el Dios índico, Rama, cuyo culto tendrían en el Indostán, tomando de él dicha denominación para distinguirse, después de su salida de la India, de los demás pueblos y de las demás religiones. Esta conjetura, propuesta por el diligente y erudito orientalista Alejandro G. Paspati, tiene más visos de verosimilitud que la que supone proviene aquel nombre de rumí, dado por árabes y turcos a los romanos o cristianos, y con el cual por ampliación designan también los indios a los turcos en general, aplicándoles el antiguo nombre *romaioi* de los bizantinos. El nombre de tchinghianés, que les dan los turcos, tiene su raíz en *zenghi*, sustantivo y adjetivo pérsico, que significa en etiópico, negro o negra, así como *zungée*, de donde ha nacido el alemán *zigeimer*, el valaco *zigano* y *zingano*, el búlgaro *tchiganin* y el *zingaro*

o *zingano* italiano. Los griegos los llaman *gyphtos*, palabra con que designan a toda persona despreciable y avara, derivada de *agyptios*, de donde procede el español gitano y el inglés *gipsy*, siendo probable que el color de su piel les haya hecho dar aquel nombre más bien que su pretendido origen del Egipto, porque todo induce a creer que los tchinghianés se introdujeron en Turquía y de ella en Europa por tierra. Los griegos llamaron también a los tchinghianés *catzibelos*, mercaderes de toda clase de utensilios, de tejidos de mimbre, hierro, lata y sus análogos.

No es nuestro propósito referir en este lugar la historia de las emigraciones de aquel pueblo, sobre lo cual puede consultarse el gran trabajo de Grelmán y sus continuadores. Apuntaremos, sin embargo, que este autor, después de haber expuesto de una manera clara y precisa su primera aparición en Alemania en 1447, las costumbres y los hábitos nómadas de tan extrañas gentes, determinó su afinidad con los pueblos índicos por la comparación de la lengua de los tchinghianés con las indias, y principalmente la indostánica. Sobre la época de su llegada al Imperio turco, se cree que entraron por la Tracia poco antes de la conquista turca, puesto que los historiadores bizantinos Crisoloras, Khaleocondylis, Juan Ducas, Juan Cantacuceno, y Phrantzes, no hacen la menor mención de ellos.

Aunque numerosos en todas las comarcas de la Turquía, así de la Rumelia y de la Anatolia como del Asia menor, puede asegurarse que, en la antigua Tracia, propiamente dicha, es donde se encuentran en mayor número; y aun cuando se carece de datos estadísticos acerca de tan extraños seres, se cree pasan de 200 000 los que hay en Turquía. Obedeciendo a su carácter nómada, hacia la mitad de abril o más tarde, si se atrasa la florida estación, dejan sus *gyshlas*, o cuarteles de invierno, y se dispersan por todas las comarcas cercanas, bajando algunos por el Norte de los Balkanes, hasta el Asia menor, mientras suben otros hacia el Norte de aquellas célebres cordilleras, para bajar de nuevo a la mitad de octubre. Muchas familias hay que jamás salen de una provincia, la cual recorren, conociendo hasta en sus menores detalles todo el territorio, y lo que pueden necesitar sus labradores e industriales, que procuran proporcionarles, valiéndose de cualquier clase de medios; pues para ellos es un axioma aquella inicua frase: de que todos son buenos si conducen al fin.

Los tchinghianés que, abandonando su vida errante, viven en las ciudades, son muy poco numerosos en relación con los nómadas, existiendo entre unos y otros tal antagonismo y tal desprecio mutuo, que los sedentarios o de las ciudades llaman bárbaros a los nómadas y se burlan de su pronunciación ininteligible, ruda y áspera, de su desnudez y de su crasa ignorancia, mientras los nómadas a su vez llaman a los sedentarios *kalbtchinghianés*, o sea falsos romíes, vasallos o esclavos, y otras frases no menos despreciativas. Este antagonismo no es solo debido al cambio de vida de los sedentarios, sino principalmente a la diferencia de religión, porque los nómadas son en su mayor parte musulmanes, y los sedentarios cristianos, aunque ni unos ni otros tienen gran fe en su respectiva creencia, porque la verdad es que apenas practican ni menos comprenden sus ceremonias y dogmas, aceptando tanto unos como otros únicamente los principios de una u otra religión, cuando creen que de ello pueden sacar algún partido.

Como no hay regla general sin excepción, algunas veces se encuentran tchinghianés cristianos entre los nómadas, que viven en mejor armonía que sus compañeros con los sedentarios, y que hasta llegan a contraer matrimonio con las mujeres de estos; pero, aunque errantes, viven separados de los otros nómadas. Entre estos forman un grupo especial los llamados *zapari*, que son las gentes más feroces de su raza, los cuales siguen la religión musulmana, y son toscos herreros durante el invierno, y saltimbancos que enseñan osos y monos en las ferias y en las grandes ciudades. También de ellos salen la mayor parte de los verdugos que hay en el Imperio. Se les distingue entre todos los demás, por sus enormes tocados y sus anchos pantalones, que recuerdan los de sus congéneres de Andalucía. A los caracteres físicos de todos los tchinghianés, delgados, de negros cabellos, de color moreno, casi verdoso, de ojos negros y brillantes, agregan los *zaparis* mirada salvaje, andar provocativo y fiero, y la más completa ausencia de todo sentimiento de moral, siquiera sea la que el Supremo Hacedor marcó con indelebles caracteres en la conciencia humana. Hay entre sus sanguinarias costumbres, una sobre la cual deben meditar los arqueólogos, pues se encuentran, en nuestro país sobre todo, muchos cráneos humanos que revelan la misma práctica. Los *zaparis*, después de arrojar a sus víctimas en tierra,

les atraviesan la cabeza con un clavo, generalmente de madera, si no lo tienen a mano de hierro. Los tchinghianés sedentarios, más civilizados, son los que viven en Constantinopla, donde hay cerca de 140 familias que viven repartidas en *Teni-Baghtche*, *Tchivar*, *Tchechuse*, cerca de la iglesia de los *Claquernos*, en *Scutari*, y en *Kassiun-Pachá*.

Hállanse también otros muchos en poblaciones cercanas a la capital y en las diversas provincias del Imperio; pero como ya indicamos, los nómadas abundan mucho más, teniendo, por decirlo así, su cuartel general en la Rumelia. Algunos sedentarios de las cercanías de Constantinopla suelen casarse con mujeres del país, lo cual también se observa entre los gitanos de Andalucía; pero sus casas presentan el mismo aspecto que las tiendas de los nómadas, en cuanto al escasísimo mobiliario. Bien es verdad que no les hace gran falta otra cosa, puesto que los inquilinos de aquellas pobres moradas, con el amor al aire y a la vida libre que les distingue, viven en medio de la calle con sus mujeres, de flexibles caderas, abigarrados trajes de colores vivos, principalmente rojo y amarillo, y negras y rizadas cabelleras, adornadas ordinariamente con flores, siendo lo más común verlas sentadas, aun en los momentos de reposo, a la puerta de la casa, como si esta no tuviera otro objeto que el de darles abrigo durante la noche. Poco aficionados a la cultura, apenas envían sus hijos a la escuela, más para desembarazarse de ellos que por deseo de que cultiven su inteligencia; y los hombres, por punto general, viven dedicados a la vida de saltimbanquis, recorriendo las aldeas, tocando y cantando, sobre todo en las festividades públicas y en las ferias, al compás de cuya música bailan sus mujeres lujuriosas danzas, siendo los menos los que se dedican al oficio de herreros o al comercio de paja, carbón y leña, a trabajos de vendimia u otros del cultivo de la vid, y muchos los que ejercen el repugnante tráfico de zurcidores de voluntades. En parte alguna se les permite ejercer ninguna clase de cargo, por modesto que sea en las iglesias, a no ser por rara excepción el de cantores, y aunque fueran cristianos, hasta hace algunos años, no se les enterraba en los cementerios de estos; costumbre que todavía continúa para los tchinghianés que no están casados con mujeres griegas, si bien los que han contraído con ellas matrimonio, o los que proceden de estas uniones, que ya

forman una raza mestiza, se entierran al lado de sus compañeros de comunión religiosa.

Pero el tipo de verdadero tchinghiané es el nómada, aunque no pertenezca al grupo de los *zaporís*. Familiarizado con la vida de las poblaciones, sufre, sin embargo, las inclemencias de los elementos bajo su tienda, antes que avenirse a encerrarse entre las paredes y bajo los techos de las casas, dentro de las cuales parece que no encuentran sus pulmones y sus ojos aire que respirar y espacio por donde dilatar sus miradas. Aunque vea tiritando de frío a sus pobres hijos, casi desnudos o desnudos completamente; aunque el calor sofocante del estío les abraza bajo la frágil y con frecuencia agujereada lona, preferirá morir con ellos bajo su tienda, a vivir más cómodamente en las moradas con que le brindan las cercanas ciudades. Algunos suelen labrarse una especie de cabaña con ruedas, cubierta con cortezas de árboles, la cual conducen de un lado a otro tirada por bueyes, mientras la familia va detrás de su ambulante morada; y otros son tan pobres, que ni para esto ni para tiendas tienen, y acampan a la sombra de un árbol o de una casa. ¡Cuántas veces al verlos agrupados de este modo recordaba los gitanos pobres de mi patria, que de la misma manera van recorriendo diferentes lugares, formando el rancho a la luz de las estrellas o bajo los ardores del sol canicular!

La lengua hablada por estos tchinghianés nómadas, difiere también de la de los sedentarios, que olvidándose de muchas palabras, las sustituyen con otras turcas o griegas, pudiendo considerarse la que hablan los tchinghianés de la Rumelia como la lengua madre de las que usan las diferentes familias de estas gentes, esparcidas por Europa y por América.

A pesar de que ciertas prácticas parecen indicar entre ellos el recuerdo de una religión indostánica, no puede decirse que los tchinghianés profesan más religión que la musulmana o la cristiana, aun cuando en realidad, más de nombre que realmente, pues los que se llaman cristianos mueren sin haber sido bautizados, y sin haber sufrido la circuncisión los musulmanes, cambiando de religión con tanta facilidad como de domicilio, y burlándose con frecuencia de ella, como se burlan de todo lo que les es extraño. Es probable que en un principio conservaran el recuerdo de su religión índica al venir a la Tracia, que se convirtieran bien pronto al

cristianismo, religión imperante en aquella comarca a la época de su inmigración, y que después de la conquista del Imperio por los musulmanes, muchos abrazasen el mahometismo; pero repetimos que ni unos ni otros sienten el menor interés por el conocimiento ni la práctica de sus respectivos dogmas, mirando todo esto con una glacial indiferencia. Solo durante los meses de primavera, cuando los tchinghianés salen de sus cuarteles de invierno, se reúnen en medio de un prado o de un campo, procurando que haya cerca una fuente, para celebrar, lejos de los griegos y de los turcos, la fiesta característica de su raza, su *kákkava* o fiesta de los caldeos. En ella, y durante tres días consecutivos, se entregan en medio de sus tiendas a festines, regocijos, danzas y cantos, teniendo obligación cada uno de ellos de inmolar un cordero y de invitar a todos los pasajeros a su mesa, cubierta de flores y bien provista de vinos. Toda discordia, toda contienda, les está severamente prohibida durante esta festividad. Los bailes, los gritos, los cantos, constituyen su sola ocupación en aquellos tres días de verdadero vértigo y delirio, al terminar los cuales pagan su impuesto anual, o *tcharébachí*, arreglan sus litigios y se marchan a recorrer el país en diversas direcciones, con sus tiendas y sus animales. Semejante festividad, sin embargo, es más propia de los nómadas que de los sedentarios, muchos de los cuales apenas la conocen, y aun hasta entre los primeros de las cercanías de Constantinopla, va cayendo en desuso, desde que la percepción de su impuesto se cobra ya por los agentes del Gobierno de una manera más ordenada. La época en que comienza dicha festividad generalmente es el 23 de abril.

Los tchinghianés no tienen la más pequeña noción de ciencias, de artes ni de letras; se curan cuando están enfermos con algunos remedios empíricos que conservan las viejas de su raza, y llega a tanto su avaricia o su pobreza, que entre los nómadas es práctica muy seguida la de enterrar sus muertos durante la noche, ocultando cuidadosamente el lugar del sepelio, para no pagar a los imanes o a los sacerdotes. Su literatura está reducida a algunos cuentos que suelen relatar sus músicos y cantores, cuentos en los que se nota la influencia de la fantasía oriental, pero en los que no se halla ningún indicio de sus orígenes índicos ni de su antigua religión.

Como muestra de estos cuentos, trascribimos a continuación los siguientes, narrados por ellos mismos:

Cuento narrado por el tchinghiané Léon Zafiri

En aquel tiempo vivía un hombre rico que tenía un hijo a quien su madre y su padre amaban mucho: fue a la escuela y aprendió cuanto había que aprender. Un día se levantó, tomó tres o cuatro bolsas de dinero y por aquí y por allá las gastó.

Al día siguiente, muy temprano, acudió a su padre y le pidió más dinero; lo tomó, se levantó, salió y en la noche del mismo día lo gastó.

Poco a poco fue gastándolo todo.

Volvió nuevamente a su padre y le dijo:

– Yo quiero dinero.

– Hijo mío, no me queda más; ¿quieres las cacerolas? Tómalas, véndelas y gasta.

Las vendió, en efecto, y en uno o dos días gastó el dinero.

– Quiero dinero.

– Hijo mío, no tenemos; toma los vestidos y véndelos.

En uno o dos días gastó lo que le dieron por ellos.

Acudió otra vez a su padre:

– Quiero dinero.

– Hijo mío, no nos queda más; si quieres, vende la casa.

El mancebo vendió la casa y en un mes gastó lo que dieron.

– ¡Oh, padre mío, quiero dinero!

– Hijo mío, no nos queda dinero, ni nos queda casa; si quieres, llévanos al mercado de esclavos y véndenlos.

El joven los llevó a vender y los vendió.

Y el padre y la madre le dijeron:

– Que vengas por aquí para que te veamos.

El Rey compró a la madre y al padre.

El mancebo con el dinero de la madre se compró vestidos y con el del padre un caballo.

Los servidores del Rey vieron que los padres lloraban y fueron a decirle al Rey:

– Los que comprasteis están llorando muy afligidos.

– Conducélos a mi presencia.

El Rey les preguntó:

– ¿Por qué lloráis?

– Tenemos un hijo: lloramos por él.

El Rey les preguntó de nuevo:

– ¿Qué gentes sois?

– Nosotros no éramos de esta condición ¡oh nuestro Rey! Teníamos un hijo: vendió nuestras riquezas, nos vendió a nosotros mismos y lloramos por él. ¡Que venga para que le veamos!

Mientras estaban hablando con el Rey llegó el hijo.

El rey se puso a escribir una carta y se la dio al mancebo:

– Lleva esta carta a su destino.

Dentro de ella el Rey había escrito: “En cuanto recibáis esta carta cortad el cuello a su portador”.

El mancebo tomó sus vestidos, montó en su caballo, guardó la carta en su seno y se puso en marcha.

Atravesó una provincia. Le abrasaba la sed y vio un pozo.

– ¿Cómo me compondré para beber el agua de este pozo?

Ataré esta carta, la bajaré al pozo y luego refrescaré siquiera mi boca con el agua que coja.

La dejó caer, tiró de ella y la estrujó sobre su boca.

– Quiero ver lo que esta carta tiene dentro. ¡Qué veo!

“En cuanto recibáis esta carta cortad el cuello a su portador”.

El mancebo se quedó inmóvil.

En cierto paraje vivía la hija de un Rey. Si proponiéndola un enigma lo resolvía, cortarían la cabeza al proponente; pero si no podía resolverlo, tendría que casarse con él.

El mancebo se levantó y se dirigió al palacio del Rey.

– ¿A qué has venido, mi mancebo?

– Quiero hablar a la hija del Rey.

– Le hablarás. Si resuelve tu enigma, cortará tu cuello; pero si no lo explica, te casarás con ella.

– A eso he venido.

Y se presentó a la hija del Rey. Esta le dijo:

– Di tu enigma.

El mancebo dijo:

– Yo me he puesto a mi madre, monté sobre mi padre y he bebido agua de mi muerte.

La joven acudió a su libro y no pudo descifrar el enigma.

– Dame un plazo de tres días.

– Te lo doy, dijo el mancebo.

Después se fue a una posada donde se acostó.

La joven se convenció de que no podía descifrar el enigma.

Y a seguida hizo un subterráneo por donde llegó a la habitación en que el mancebo dormía.

A media noche se levantó, se dirigió a él y le abrazó.

— Yo soy, le dijo: yo soy para ti y tú para mí. ¿Me lo dices?

— No puedo decírtelo. Quítate tu túnica interior.

— ¿Y me lo dirás?

Después que fue dueño de la hija del Rey le explicó el enigma.

La joven empezó a dar palmadas, llegaron sus servidores y se marchó con ellos. Pero al tomar la túnica se puso la del mancebo por la suya.

Llegó el día. Llamaron al mancebo.

El mancebo montó a caballo y llegó al palacio. Los hombres le miraban.

— Es triste — se decían —; le van a matar.

Llegó frente a frente del Rey.

— Mi hija ha descifrado tu enigma.

— ¿Cómo lo ha explicado, Rey mío? Cuando yo dormía esta pasada noche, un pájaro llegó a mí, a mi seno, le cogí, le maté, le mandé cocer y cuando iba a comérmelo se marchó.

El Rey dijo:

— Le matarán. Habla fuera de tino, se pierde.

— No: yo no desatino ¡oh Rey mío! Yo he sido el que ha explicado el enigma a tu hija. Tu hija ha hecho un subterráneo y ha llegado por él hasta mi habitación mientras yo dormía. Se arrojó en mis brazos. La estreché entre ellos, la hice dejar su túnica y la expliqué el enigma. Dio entonces palmadas, acudieron sus servidores y se volvió con ellos. Si no me crees, yo llevo su túnica interior y ella lleva la mía.

El Rey vio que decía la verdad.

Y celebraron bodas que duraron cuarenta días y cuarenta noches. Y casado el mancebo con la Princesa, rescató a su padre y a su madre.

Cuento narrado por una tchinghiané vieja de las cercanías de Andrinópolis

Un Rey tenía tres hijos. Dio al menor cien mil piastras y otro tanto al mayor y al segundo. El menor se levantó y anduvo por donde

quiso; pero donde quiera que encontraba pobres los socorría, y así de acá para allá gastó el dinero.

Su hermano mayor hizo barcos para buscar ganancia.

El segundo puso tiendas.

Vinieron cerca del padre.

— ¿Qué has hecho, hijo mío?

Yo he hecho barcos.

Al menor:

— Y tú, ¿qué has hecho?

— Yo, a todos los pobres que he encontrado les he dado limosnas, y a las doncellas pobres dotes para casarse.

El Rey dijo:

— Mi hijo menor cuidará bien de los pobres. Toma otras cien mil piastras.

El mancebo se fue. De acá para allá gastó el dinero. Solo le quedaban doce piastras.

Los judíos desenterraron un muerto.

— ¿Qué queréis por él? ¿Por qué le maltratáis?

— Queremos doce piastras por él.

— Tomad las doce piastras y dejadle.

Dio el dinero, los judíos lo dejaron y el mancebo se alejó.

Pero el muerto le seguía, y le dijo:

— ¿Dónde vas?

— A pasearme.

— Yo iré contigo, nos pasaremos, seremos compañeros.

— Bueno.

— Ven, te llevaré a cierto paraje.

Y le condujo a una población donde había una joven que se casaba, y a la mañana siguiente amanecían los maridos muertos en el lecho.

— Espérame — le dijo el muerto —; buscaré para ti una joven; pero estaremos reunidos siempre.

Y buscó a la joven.

— Cuando a la noche os acostéis, yo me acostaré también en el mismo sitio.

Tomó su espada y se colocó cerca de ellos; pero el mancebo dijo:

— Eso no es posible. Si quieres toma para ti la joven.

— ¿No estamos asociados? Duerme tú con ella, que yo me quedaré por aquí.

A media noche observó que la joven abría la boca y que un dragón salía por ella.

Tiró de la espada, le cortó las tres cabezas, se las guardó en el seno, se acostó y se quedó dormido.

A la mañana siguiente, la joven se levantó y vio que su compañero estaba vivo a su lado. Y le dijeron al padre de la joven:

— Tu hija ha visto amanecer el día con su marido.

— Ese será mi yerno — dijo el padre.

El mancebo fue con la joven en casa de este.

— Ven — le dijo el muerto —; partamos las riquezas.

Y se pusieron a partirlas.

— ¿No hemos repartido los bienes? Repartamos también la mujer.

El muerto la cogió, ató cada uno de sus pies, y dijo al mancebo:

— Ten tú el uno; yo tendré el otro.

Levantó la espada para dividir a la joven, que aterrada abrió la boca, dio un grito, y de ella cayó el dragón.

El muerto dijo al mancebo:

— Yo no existo ni para la mujer ni para las riquezas. Estas cabezas de dragón eran las que devoraban a los hombres. Tómallo todo. Que la joven sea para ti, que los tesoros sean para ti. Me has dispensado un beneficio, y te he correspondido con otro.

— ¿Qué beneficio te he dispensado? — dijo el mancebo.

— Me libraste de manos de los judíos.

El muerto se volvió a su sepultura, y el mancebo con su mujer y sus riquezas volvió a casa de su padre.

Cuento narrado por León Zafiri

En aquel tiempo había un hombre que hizo un galeón y embarcó gente que le tripulase, e iba del mar Blanco al mar Negro.

Llegó a una aldea para hacer aguada, y vio cuatro o cinco jóvenes, que jugaban, y entre ellos uno que era calvo.

Llamó al calvo.

— ¿Dónde está el agua? — le preguntó.

El calvo se la mostró, y el hombre hizo su aguada.

— Vente conmigo.

— Yo me iría, pero tengo a mi madre.

— Vamos a casa de tu madre.

Y fueron a su casa.

— ¿Me dejas a tu hijo?

— Te lo deajo.

El marino le dio algún dinero para vivir y se llevó al joven.

Se dieron a la vela y fueron a otra gran población, donde también desembarcaron para hacer aguada.

El hijo del Rey salía a pasear y vio un derviche que vendía un retrato.

El hijo del Rey lo compró. Era de una mujer muy hermosa. Su padre trabajaba en el retrato hacía siete años. El joven lo colocó sobre la fuente y dijo: “De los que vengan a beber agua, alguno habrá que diga: Yo he visto a esta doncella”.

Salió el marino, fue a beber agua, levantó los ojos, y vio el retrato. ¡Qué hermosura!

Volvió al barco y dijo a su gente:

— Hay en tierra una belleza, que igual no la he visto nunca.

El calvo dijo:

— Quiero verla.

El calvo bajó a tierra, y así que la vio se echó a reír.

— Es la hija del derviche. ¿De dónde ha venido este retrato?

Apenas había dicho estas palabras, cogieron al calvo y le condujeron al palacio. El calvo no sabía lo que le pasaba.

Dos días después otros hombres llegaron a él y le dijeron:

— ¿Conoces a esa doncella?

— Sí la conozco, somos paisanos; su madre murió y nos dio de mamar a ambos.

— Si te presentan ante el Rey, no temas.

Y llegó delante del Rey.

— ¿Conoces a esta joven?

— La conozco; somos paisanos.

— ¿Puedes traerla aquí?

— Puedo. Hacedme un galeón adornado con oro; dadme veinte cantores y músicos que toquen; dejadme que me acompañe vuestro hijo, y que nadie me hable de lo que yo haga.

Así iré por ella, pero tardaré siete años en ir y volver.

Tomaron víveres para siete años y se hicieron a la mar.

Y llegaron al país de la doncella.

Y al rayar el día dio fondo el galeón cerca de su casa, porque la casa de la doncella estaba cerca del mar.

El calvo dijo:

— Yo saldré a pasearme sobre cubierta. Que ninguna otra persona se presente en ella.

Subió y se paseó sobre el galeón.

La hija del derviche se despertó. El sol alumbraba el galeón y la casa.

La doncella salió y se lavó los ojos. Un hombre se paseaba, la doncella se inclinó mucho y vio a nuestro calvo, reconociéndole. ¿Qué buscará aquí? — se dijo.

— ¿Qué buscas aquí?

— He venido por ti. Hace muchos años que no te veía, he venido a verte. Vístete y ven al galeón. ¿Dónde está tu padre?

— ¿No sabes que mi padre estaba haciendo mi retrato? Ha ido a venderlo, y le estoy esperando.

— Ven acá, y hablaremos un rato.

La doncella fue a vestirse y adornarse.

El calvo dijo a su gente:

— Ocultaos, que no se vea a nadie, y así que la tenga en un camarote, cortad los cables mientras hablo con ella.

La joven entró en el camarote. Se sentaron; hablaron; el galeón partió, y el calvo hizo que entrase al instante el hijo del Rey.

La doncella dijo:

— ¿Quién es este hombre? Yo me voy.

— ¿Estás loca, hermana mía? Tomemos un poco de dulce.

Lo dio a la doncella, y la doncella se mareó.

El calvo dijo:

— Que venga música a tocar para ti.

Entonces los músicos principiaron a tocar.

La doncella, levantándose, dijo:

— Me voy, mi padre viene.

— Siéntate un poco, y que los músicos toquen para ti.

Los músicos tocaron, y la doncella no comprendió que el galeón partía.

— Me voy — dijo nuevamente la doncella.

Salió de la cámara y vio dónde quedaba su casa.

— ¡Ah, hermano mío! ¿Qué has hecho?

— ¿Qué quieres hacer? El que se sienta a tu lado es el hijo del Rey y he venido a llevarte para él.

La doncella lloró.

— ¿Qué haré? — decía —. ¿Me arrojaré al mar?

Se sentó cerca del hijo del Rey y tuvieron en abundancia música, alimentos y bebidas.

El calvo iba sentado arriba en el puente, solo, como capitán.

Aquellos comían y bebían, pero él no abandonaba su puesto.

Faltaban solo dos o tres días de viaje.

Al amanecer de uno de ellos, tres pájaros se posaron sobre el galeón. Nadie había cerca del calvo.

Los pájaros empezaron a hablar.

— ¡Oh, pájaro, pájaro! ¿Qué hay de nuevo?

— La hija del derviche come y bebe con el hijo del Rey, y no sabe lo que la espera.

— ¿Qué la espera? — dijeron los otros pájaros.

— En cuanto llegue, una pequeña embarcación saldrá para conducirlos a tierra. La embarcación zozobrará, y la hija del derviche y el hijo del Rey se sumergirán. Y si alguno lo sabe y lo dice, se verá convertido en piedra hasta las rodillas.

El calvo lo entendió. Estaba solo.

Al día siguiente, por la mañana, los pájaros volvieron de nuevo y empezaron a hablar entre sí.

— ¡Oh, pájaro, pájaro! ¿Qué hay de nuevo?

— La hija del derviche y el hijo del Rey comen, beben y no saben lo que les espera. En cuanto salgan y entren por la puerta, la puerta se hundirá, los aplastará y los matará. Y si alguno lo sabe y lo dice, se verá convertido en piedra hasta la espalda.

Al nuevo día los pájaros volvieron.

— ¡Oh, pájaro, pájaro! ¿Qué hay de nuevo?

— La hija del derviche come y bebe y no sabe lo que la espera.

— ¿Qué sucederá? — dijeron los otros pájaros.

— En la noche de su boda, un dragón de siete cabezas devorará al hijo del Rey y a la hija del derviche. Y si alguno lo sabe y lo dice, quedará convertido en piedra hasta la cabeza.

El calvo dijo para sí:

— No dejaré acercarse embarcación alguna.

Y llegó con su galeón frente por frente del palacio.

Llegaron embarcaciones para conducir a la joven a tierra.

– Yo no quiero embarcaciones. Atrás.

Y desplegó sus velas y pasó de largo. Los que miraban decían:

– ¿Por qué se alejará el galeón?

El Rey dijo:

– Que se detenga.

El calvo dijo al Rey:

– Cuando fui a buscar a esta joven, ¿no te dije que haría lo que me pareciese? Que nadie me hable de este asunto.

Condujo a la doncella y al Príncipe a la puerta, y al llegar ante ella dijo:

– Demoled esa puerta.

– ¿Y por qué demolerla?

– ¿No se dijo que nadie me hablaría de cuanto se refiera a este asunto?

La demolieron, subieron, se sentaron, comieron, bebieron, rieron y hablaron.

El gusano del temor consumía al calvo.

Llegó la noche. Se casaron. El calvo dijo:

– Tengo que dormir cerca de ellos.

– Tú no puedes dormir con los recién casados.

– ¿Qué fue lo convenido?

– Haz lo que quieras.

Fueron, se acostaron, el calvo tomó su espada y se acostó.

Se tapó la cabeza. A media noche sintió que un dragón se acercaba, le cortó las cabezas y las puso bajo su almohada.

El hijo del Rey se despertó, lo vio con la espada en la mano y gritó:

– El calvo va a matarnos.

Vino el padre, preguntó por qué gritaba, y el Príncipe insistió:

– El calvo iba a matarnos.

Le ataron los brazos.

Cuando fue de día el Rey le llamó.

– ¿Por qué has hecho eso? ¿En siete años has ido, has vuelto, has traído a la joven y ahora quieres matarlos?

– No podía hacer otra cosa que la que hacía.

– Ibas a matar a mi hijo y yo te mataré.

Le apretaron las cuerdas de los brazos y se lo llevaron para cortarle la cabeza. Conforme iban andando, el calvo iba diciendo:

— Me van a cortar la cabeza, y si lo digo me veré transformado en piedra. Vamos, conducidme de nuevo ante el Rey: tengo que decirle dos palabras.

Le condujeron ante el Rey.

— ¿Por qué lo habéis traído?

— Tiene dos palabras que decirte.

— Dilas, mancebo.

— Cuando fui a buscar la hija del derviche estaba solo, sentado sobre el puente del galeón. Tu hijo con la doncella comía en tanto, y bebía. Una mañana vinieron tres pájaros y empezaron a hablar entre ellos. “¡Oh, pájaro, pájaro! ¿Qué hay de nuevo? La hija del derviche come y bebe con el hijo del rey, y no sabe este lo que les espera. Y si alguno lo sabe y lo dice, se verá convertido en piedra hasta las rodillas”. Nadie más que yo lo entendió.

Cuando el calvo acabó estas palabras, quedó convertido en piedra hasta las rodillas. El Rey, al ver esto, le dijo:

— No digas más.

— Sí lo diré — continuó el joven.

Dijo también lo de la puerta, y quedó convertido en piedra hasta la espalda.

— A la tercera vez llegaron los pájaros y hablaron entre ellos, y por lo que les oí fue por lo que quise dormir cerca de los desposados. Un dragón de siete cabezas debía salir y devorarlos, y si no lo crees, mira debajo de mi almohada.

Fueron y hallaron, en efecto, las cabezas.

— Yo fui quien lo mató. Tu hijo vio la espada en mis manos y creyó iba a matarlos. No puedo decirte más.

Quedó convertido en piedra hasta la cabeza.

Le hicieron un sepulcro.

El hijo del Rey se levantó, se puso en camino y marchó.

— Por espacio de siete años él anduvo por mí y debo hacer otro tanto por él.

Y marchaba. En cierto paraje encontró agua, bebió y se acostó. El calvo se le apareció en sueños.

— Toma ahora un poco de esta tierra y ve y arrójala inmediatamente sobre mi sepulcro.

Durmió mucho. Cuando se levantó, tomó la tierra y la arrojó sobre el sepulcro.

El calvo se levantó.

— ¡Cuánto he dormido! — dijo.

— Tú anduviste por mí siete años y siete años he andado yo por ti.

Le tomó de la mano, le condujo a palacio, y le hizo un gran personaje.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO

El cuento primero: ATU 930 (*La profecía*) + ATU 851 (*La princesa que no pudo resolver la adivinanza*)

Es el momento, ahora, de elaborar algunos breves comentarios acerca de los tres cuentos que Rada y Delgado tradujo al español en 1883 a partir de la versión que Paspatis había traducido del *tchinghianés* al francés en 1870.

El primero de los relatos, el que en la versión de Paspatis comenzaba “En ce temps-là, il y avait un richard...”, y en la versión de Rada y Delgado se iniciaba “En aquel tiempo vivía un hombre rico...”, había sido narrado por el fabuloso juglar *tchinghianés* Léon Zafiri, cuya oratoria había dejado tan maravillado a Paspatis. Se trata de una hermosísima, muy inventiva y muy bien trabada versión, contaminada, de los dos tipos narrativos que tienen los números ATU 930 (*The Prophecy*) y ATU 851 (*The Princess Who Cannot Solve the Riddle*) en el catálogo internacional de cuentos de Uther (2004), en el que aparecen resumidos de esta manera:

ATU 930 (*The Prophecy*): La profecía

Este tipo misceláneo integra varios tipos que hablan acerca de un joven pobre al que le es predicho un futuro grandioso o el matrimonio con una joven muy rica.

Un hombre rico (un rey, un mercader, un terrateniente) se entera de la profecía (o la sueña) de que un joven pobre se convertirá en su yerno (o heredero). Entonces el joven debe llevar una carta que

encarga su propia muerte. Pero la carta es cambiada (o modificada) por un auxiliar, de modo que el joven se casa al final con la hija de su adversario y llega a compartir su posición y sus riquezas.

ATU 851 (*The Princess Who Cannot Solve the Riddle*): La princesa que no pudo resolver la adivinanza

Una princesa es ofrecida en matrimonio a quien pueda proponer una adivinanza que ella no pueda resolver. Un hombre (un príncipe, un joven estúpido, un pastor) elabora una adivinanza basada en circunstancias inusuales de las que él ha sido testigo (o que él ha experimentado). Ella se casa con él en ese momento y el cuento termina ahí.

Ella envía a su criada y luego ella misma acude por la noche adonde está él, para enterarse de la respuesta. Él se queda con la ropa interior de ella (o con su trenza). En la corte, ella responde a la adivinanza, pero permite que él proponga una más. La que él propone alude a su visita nocturna, y antes que responder, ella prefiere [para no quedar en vergüenza] casarse con él.

Diferentes adivinanzas son empleadas. Por ejemplo: (1) Yo cabalgué sobre mi padre y usé (o llevé) a mi madre (él había vendido a sus padres y comprado un caballo y vestidos, o una pistola). (2) Yo comí a (o yo soy) un no nacido (un feto de un animal, o alguien que fue arrancado del vientre de su madre). (3) Yo bebí agua que no era ni del cielo ni de la tierra (era sudor de un caballo, o condensación de una lámpara). (4) Uno mató a tres, y tres mataron a doce (su caballo había sido envenenado, los pájaros se lo comieron, y los ladrones se comieron a los pájaros y murieron).

En *Turandot* la princesa misma es la que propone las adivinanzas que deben resolver sus pretendientes: la adivinanza del cielo, la del océano o la del año. Si ellos no son capaces de encontrar la solución, serán condenados a muerte.²

² Sobre las versiones españolas de este cuento ATU 851, véanse Lorenzo Vélez, 1992; Camarena y Chevalier, 2003, núm. 851; y Gutiérrez Barajas, 2006.

El cuento segundo: ATU 505 (*El muerto agradecido*)

El segundo de los relatos, el que en la versión de Paspati comenzaba “Un roi avait trois garçons, il donna au cadet cent mille piastras...”, y en la versión de Rada y Delgado se iniciaba “Un Rey tenía tres hijos. Dio al menor cien mil piastras y otro tanto al mayor y al segundo...”, había sido narrado por “una *tchinghiané* vieja de las cercanías de Andrinópolis”. Se trata de una versión muy rica e interesante del cuento que tiene el número ATU 505 (*The Grateful Dead*) en el catálogo internacional de cuentos de Aarne-Thompson-Uther (Uther, 2004). He aquí el resumen típico que establece tal catálogo:

ATU 505 (*The Grateful Dead*): El muerto agradecido

Un episodio introductorio es combinado con varias partes principales en las que un hombre conquista a una princesa y un castillo. El final suele ser también muy similar.

Episodio introductorio:

Durante un viaje, un hombre ve un cadáver que no se había permitido que fuese enterrado, o que es maltratado por sus acreedores. Emplea su dinero para pagar las deudas del hombre muerto y su funeral. Después se encontrará con el hombre muerto, que asume la forma de un viajero acompañante (un viejo, un criado) que desea ayudarlo, con la condición de que ellos dividan lo que ganen.

Partes principales:

(1). El hombre rescata de la esclavitud a una princesa que había sido secuestrada, y se casa con ella. Mientras el hombre está en otro país, el padre de la princesa reconoce las velas del barco, ya que están bordadas con el escudo de ella, y se da cuenta de que su hija está viva. Cuando el hombre regresa para reunirse con su esposa, se encuentra con que esta ha sido raptada. El hombre busca a su esposa, y el viajero acompañante le ayuda a regresar a la corte de su suegro. Allí el hombre revela su identidad de esposo de la princesa, y recibe alguna prenda de su ropa.

(2) El hombre rescata a una joven que estaba en manos de unos ladrones. Durante el regreso a su país en barco, el hombre es arrojado al mar por un rival, pero luego es rescatado por el viajero acompañante, y conducido junto a la princesa. Es reconocido gracias a un anillo o a algún otro objeto. El rival es desenmascarado y castigado.

(3) El viajero acompañante provee al hombre de un caballo magnífico. Un torneo decidirá quién será el que conquiste la mano de la princesa. El hombre es el vencedor.

Final:

El viajero acompañante reclama su parte de las ganancias y quiere partir en dos a la princesa (o a su criatura). Cuando el hombre, en su intento de salvar a la princesa, le ofrece todo el reino, el viajero acompañante se revela a sí mismo como el muerto agradecido, y explica que sus demandas eran solo para poner a prueba la fidelidad del hombre, y a continuación se desvanece.

En algunas variantes, el muerto agradecido es un santo que ayuda al héroe porque él había impedido que una imagen del santo fuera maltratada.³

La versión de los tchinghianés de Turquía que fue anotada por Paspatis y traducida al español por Rada y Delgado presenta una particularidad muy notable: que introduce en la trama el motivo de la mujer poseída por los demonios que matan por las noches a los esposos con los que ella se acuesta. Se trata de un tópico muy viejo, uno de cuyos avatares informaba ya — por ejemplo — el libro bíblico de *Tobías*, el cual debió ser puesto por escrito entre los siglos IV y I a. C. En aquel antecedente tan viejo, era el arcángel san Rafael, y no un muerto agradecido por haber sido objeto de piadoso enterramiento, el que asumía la apariencia del viajero acompañante que ayudaba al atribulado esposo a librarse de los demonios que poseían a la mujer a la que desposaba. Es motivo

³ Sobre las versiones españolas de este cuento, véase Camarena y Chevalier, 1995: núm. 505.

enormemente dramático, que no se asocia a todos los del tipo narrativo ATU 505 (*The Grateful Dead*), lo cual realza el valor de nuestra versión.

El cuento tercero: ATU 516 (*El fiel Juan*)

El tercero de los relatos publicados por Paspatis comenzaba “Dans ce temps-là, il y avait une personne, il fit un galion...”, y en la versión de Rada y Delgado se iniciaba “En aquel tiempo había un hombre que hizo un galeón...”. El narrador había sido, de nuevo, el grandísimo juglar Léon Zafiri. El relato es un avatar realmente magistral del tipo cuentístico ATU 516 (*Faithful John*), que el catálogo de Aarne-Thompson-Uther (Uther, 2004) resume de este modo:

ATU 516 (*Faithful John*): El fiel Juan

Un príncipe quiere casarse con una hermosa princesa de un país lejano, porque ha escuchado su nombre, la ha visto en una pintura, o la ha contemplado en un sueño. Un criado fiel (o hermano adoptivo, o un hombre muerto al que él había redimido) le ayuda a cumplir su propósito. El criado se convierte en mercader, y mete a la princesa en un barco, o entra en su habitación escondiéndose dentro de la estatua de un animal (o de un modo mágico). La princesa es secuestrada o marcha allí de manera voluntaria.

En el camino de regreso, el ayudante escucha a ciertas criaturas (pájaros) que profetizan el futuro. Afirman que ciertos peligros que amenazan a la pareja de novios pueden ser evitados mediante ciertas acciones, pero también que si alguien los revela será convertido en piedra. Los peligros son un caballo (u otro animal) que se escapará con (o que matará a) la novia, algún alimento envenenado (o comida, o algún vestido), y un dragón que matará a la novia durante la noche de bodas.

Cuando el ayudante se pone a conjurar los peligros, sus acciones parecen a los demás excesivas e irracionales. Cuando mata

al dragón, algunas gotas de su sangre caen sobre el pecho de la novia. Él las quita (con su boca, o las succiona del cuerpo de ella, mientras ella está inconsciente). El príncipe confunde aquel acto con una agresión sexual, y condena al ayudante a muerte. Antes de que la sentencia pueda ser cumplida, él justifica lo que ha hecho, y es convertido, gradualmente, en piedra.

El príncipe y su esposa guardan luto por su ayudante. El príncipe descubre (en un sueño) que él puede devolver a su amigo a la vida sacrificando a su propio hijo. Le mata (o le hiere), y con su sangre unta la piedra en la que se ha convertido su amigo. El criado es devuelto a la vida, y resucita al niño.⁴

En resumen: los cuentos que Alexandre G. Paspatis publicó en 1870 en sus beneméritos *Études sur les Tchinghianés, ou Bohémiens de l'empire ottoman*, algunos de los cuales tradujo al español Juan de Dios de la Rada y Delgado en 1883, son de riqueza e interés tales que merecerían un estudio mucho más profundo y detallado que el que hemos podido dedicarles en estas páginas. Otra tarea que queda pendiente es la de traducir al español, catalogar y comentar los relatos de aquella colección que siguen inéditos, hasta hoy, en nuestra lengua, y también las informaciones etnográficas acerca del *ars narrandi* de los gitanos de Turquía que quedaron dispersas en aquellas páginas.

Mientras llega el día en que podamos cumplir con esos compromisos, lo que hasta aquí hemos podido apreciar, aunque haya sido de manera tan apresurada, es la riqueza insólita de la tradición oral de los gitanos de Turquía; el esfuerzo y el compromiso personal que el folclorista turco Paspatis puso en recuperar y reivindicar el exótico tesoro cultural de aquel pueblo; y las deficiencias del método científico de Juan de Dios de la Rada y Delgado, un académico que en la España decimonónica llegó, en la carrera funcional y política, a lo más alto, pero cuya cualificación

⁴ Sobre las versiones españolas de este cuento, véase Camarena y Chevalier, 1995: núm. 516.

intelectual y escrúpulo científico dejaban muchísimo que desear. El desvelamiento de su plagio — adaptó y tradujo, sin citarlo ni reconocerlo, el libro de Paspati — interesa, en cualquier caso, por cuanto ha sido y sigue siendo ilustrativo de una actitud frívola, inconsistente, poco respetuosa en el acercamiento a la tradición oral y a la cultura popular, que ha contado con numerosísimos contribuyentes en nuestro país. Y que ha ayudado, por desgracia, a la generación de tantos tópicos, clichés, incoherencias, falsedades, que ensombrecen los estudios de folclore que entre nosotros han sido cultivados.

Bibliografía citada

- CAMARENA, Julio, y Maxime CHEVALIER, 1995. *Catálogo tipológico del cuento folklórico español. Cuentos maravillosos*. Madrid: Gredos.
- , 2003. *Catálogo tipológico del cuento folklórico español. Cuentos novela*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.
- GUTIÉRREZ BARAJAS, María José, septiembre-diciembre 2006. “El tonto que propuso una adivinanza imposible de acertar: una versión madrileña del cuento ATU 851”. *Culturas Populares. Revista Electrónica* 3.
- LORENZO VÉLEZ, Antonio, 1992. “El enigma del molinero. Reflexiones sobre los cuentos de adivinanza”. *Revista de Folklore* 137: 147-155.
- PASPATI, Alexandre G., 1870. *Études sur les Tchinghianés, ou Bohémiens de l'empire ottoman*. Constantinopla: Impr. de A. Koroméla.
- RADA Y DELGADO, J. de Dios, noviembre-diciembre de 1883. “Los tchinghianés de Turquía”. *Revista contemporánea* IX, 48: 385-403.
- UTHER, Hans-Jörg, 2004. *The Types of International Folktales. A Classification and Bibliography, Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson*. Helsinki: Suomalainen Tiedeakatemia-Academia Scientiarum Fennica.